

# Dictadura Científica y Espiritu

por Sebastián Salazar Bondy

Una cierta clase de intelectual, desengañada de sí misma y el mundo de esta etapa crucial de la historia humana, ha dado en pronosticar para el futuro la esclavitud supercivilizada, la servidumbre a la dictadura científica. Primero —anuncian— será la destrucción y luego el “nuevo orden” de los hombres convertidos en autómatas, dirigidos por el gobernante absolutista, en cuyas manos estará, como en las de un dios terrible, la masa sin voluntad, dócil e irracional. La inteligencia habrá así llegado al punto en que se habrá convertido en enemiga de la inteligencia. El hombre será, esta vez con crueldad nunca antes soñada, lobo para el hombre. Los ingleses han sido pródigos en este orden de profecías: Wells, Orwell y, sobre todo, Huxley. A este último, como sabemos, se deben dos libros al respecto: “Un mundo feliz”, hace algún tiempo, y ahora “Tiranía sobre la mente”.

Seres educados en laboratorios, sometidos a lavados mentales, conducidos por ideas fijas introducidas en su pensamiento como drogas psicológicas, formarán las muchedumbres de mañana. Por medio de la televisión —y de la propaganda subliminal—, las criaturas así formadas integrarán un rebaño sin alma: Dosis apropiadas de ciertos productos farmacéuticos —Huxley habla de la revolución de la farmacopea— provocarán, al modo de calmantes de efecto moral, la dicha aparental, la alucinación gozosa o el ensueño del vicio que mata la energía creadora. El hombre consentirá todo de los dictadores y los obedecerá sin reflexión, sin crítica, sin libertad. La libertad será el primer instinto condenado. Reinará la publicidad, que hará pensar, actuar, aceptar, todo lo que se imponga a las multitudes, las cuales habrán pagado con el sacrificio de la razón individual el triunfo de la razón colectiva, la victoria de la razón de Estado. Toda divinidad será reemplazada por una o más ideas rotundas que han de parecer decisivas, esenciales, merecedoras de toda reverencia. La técnica, hija de la ciencia, cons-

tituirá el sustrato de toda esa “filosofía” —si así puede llamársele— del bienestar común a costa de la entrega total de la persona al cesáreo imperio de la ciencia práctica. No habrá enfermedades, por cierto, pero sí pasiones que, como un cáncer provocado por la propaganda, sirvan a los fines de la organización humana masiva.

El panorama que pinta Huxley y que se complacen en re-

dicho futuro? Visto el momento con ojos abrumados de depresión y desasosiego, ante la posibilidad de un nuevo conflicto bélico mundial, en que las fuerzas se medirán con la ayuda de las bombas atómicas y de hidrógeno, los puestos de combate espaciales, los cohetes teledirigidos, los instrumentos de destrucción que día a día los talleres perfeccionan, el hombre de pensamiento no puede sino echarse a temblar, ya no sólo por el peligro que corre la cultura, sino aún la vida de la especie sobre el globo. Cada gran invención ha traído, además, un cierto pánico. El siglo XVIII fue pródigo en téticas predicciones basadas en la rapidez con que avanzaba el conocimiento científico. Más tarde, en el XIX, la electricidad y todo lo que ella trajo consigo dio pábulo a las lucubraciones más oscuras con respecto a las consecuencias de esa misteriosa energía desatada (Barbey d'Aureville escribió “La Eva Futura”, anuncio del autómatas femenino que reemplazaría a la mujer verdadera). Y así hasta hoy. Ese animalejo que es el hombre abre una puerta sobre lo incógnito y, como un niño ante la habitación en sombras que ha de atrevesar, es presa del miedo.



tocar muchos otros escritores y ensayistas de nuestra época es, pues, sombrío. Nerón, Bonaparte, Hitler parecerán poco menos que paternas en comparación a esos futuros conductores de pueblos, cuyo poder se fundará en el dominio psicológico, físico y químico del universo. Cabe sólo preguntarse: ¿el caos de nuestro tiempo, y paralelamente el a delante cada vez más acelerado de la técnica, predicen

Contra el mundo sin libertad, sin dignidad, sin espíritu, que intuyen los intelectuales entenebrecidos de nuestra época, están precisamente la libertad, la dignidad, el espíritu, que son dones que pueden estar conculcados en muchísimos hombres en un instante dado de la historia, pero cuya luz no deja de alumbrar en los mejores, en aquellos que le acuerdan a la vida espiritual un valor supremo. Y mientras haya un solo hombre que piense y marche impelido por ellos, no habrá posibilidad de que la tierra sea la cárcel que algunos entrevén.